112

A DIEZ PASOS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

ESCRITO EN VERSO

POR

RICARDO DE MEDINA Y SOLOGUREN

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12.

A DIEZ PASOS

A DIEZ PASOS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

ESCRITO EN VERSO

POR

RICARDO DE MEDINA Y SOLOGUREN

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12.

PERSONAJES

ENRIQUETA.
BLANCA.
LEONOR.
SOFÍA.
PILAR.
D. RAMÓN.
D. MARCIAL.
D. INOCENTE.
ARTURO.
FERMÍN.

La acción, del día, en Madrid.

ACTO ÚNICO

Gabinete lujosamente decorado en casa de D. Ramón.—Puerta al fondo en el centro.—Puertas laterales en primero y segundo término.—Entre las de la derecha un entredos con candelabros encendidos; entre las de la izquierda una chimenea, sobre cuya piedra hay también candelabros y un reloj,

ESCENA PRIMERA

ARTURO, luego PILAR y después BLANCA

ARTURO. (*Entrando tímidamente por el fondo y mirando á todos lados*).
Dispuesto se encuentra todo
para el baile, según veo. .
Pero he venido, sin duda,
demasiado pronto.

PILAR. (*Desde la primera puerta de la izquierda, hablando hacia dentro*). Bueno,
señora; descuide usted...
Le avisaré en el momento
que llegue el pianista.
(*Viendo á Arturo*). ¡Calle!
¡Hay aquí ya un caballero!
Dispense usted mi extrañeza.

ARTURO. Algo adelantado vengo...

PILAR. Pero ¡ah! ¿será usted el pianista...?

ARTURO. Soy Arturo Barrionuevo,
abogado.

677161

PILAR. Iré á anunciar
su visita...
ARTURO. *(Ap.)* Estoy perplejo.
PILAR. ¿Al señor ó á la señora?
ARTURO. No se moleste en hacerlo,
porque no soy conocido
ni de él ni de ella, y espero
que un amigo me presente...
BLANCA. (*Entrando por la derecha con un ramo de flores que entrega á Pilar*).
Pilar, lleva á mi aposento
estas flores... ¡Hola Arturo!...
¿Madruga usted? Muy bien hecho.
PILAR. *(Ap.)* Vaya, pues para la niña
no es desconocido. *(Váse.)*
ARTURO. Siento,
señorita, un gran placer
en verla... profundo, inmenso,
tan inmenso y tan profundo
como mi amor; pero...
BLANCA. ¡Hay pero!
¿Cuál es?
ARTURO. Que debo marcharme
al punto á casa del médico...
BLANCA. Pues qué ¿se ha puesto usted malo?
ARTURO. Me pondré si no lo encuentro.
Porque el caso es, señorita,
que el doctor Auñón, don Sergio,
el médico de esta casa,
á quien conozco hace tiempo,
díjome que aquí vendría
para presentarme... Y temo
que quizá se haya olvidado...
BLANCA. No importa. ¿Está usted resuelto
á hablar esta misma noche
á mi padre?
ARTURO. ¡Ya lo creo!

BLANCA. Pues yo le presentaré
Ahí viene...
ARTURO. No, no; prefiero
que don Sergio me acompañe.
Soy algo corto de genio
y tal vez me turbaría...
BLANCA. En ese caso hasta luego.
(Váse Arturo por el fondo á tiempo que D. Ramón entra por la puerta del primer término derecha, serio y pensativo).

ESCENA II

BLANCA y D. RAMÓN

BLANCA. Muy buenas noches, papá.
D. RAMÓN. *(Sin hacer caso de Blanca).*
(Ap.) ¡Va á ser un drama doméstico!
BLANCA. Pero papá...
D. RAMÓN. *(Ap.)* Inevitable.
BLANCA. ¡Qué preocupación!
D. RAMÓN. *(Ap.)* Y ahí dentro
(Señalando al entredós.)
está lo que ha de ser causa
del estallido muy presto.
BLANCA. Oye, papá, tú, sin duda,
ignoras que yo ya tengo
diez y ocho oños cumplidos;
porque sino no comprendo
que no pienses en casarme...
D. RAMÓN. Tiempo hay; treinta y tres y medio
contaba tu padre el día
de su primer casamiento.
BLANCA. ¡Mire usted qué gracia! ¡Un hombre!
D. RAMÓN. Y cuarenta y seis, lo menos,
cuando el segundo... Hija mía,
no presumas que exagero,

siempre se casa uno pronto,
demasiado!

BLANCA. (*Contrariada*). Por supuesto!

D. RAMÓN. ¿Sabes si ha venido ya
el coronel?

BLANCA. No.

D. RAMÓN. Deseo
hablarle de cierto asunto...
(*Ap.*) Es un hombre muy severo
en cuanto atañe al honor,
y sabrá darme consejo.

BLANCA. El que ha venido es un joven
de bastante buen aspecto...

D. RAMÓN. ¡Un joven! (*Ap.*) ¿Será él acaso?
(*Alto.*) ¿Y dónde está?

BLANCA. Tuvo miedo
de tí; porque has de saber
que es algo tímido...

D. RAMÓN. (*Ap.*) ¡Cielos!
Entonces él era... (*Alto*). ¿Y dices
que ese infame á quien detesto...
no, no... que ese joven guapo,
digno de todo mi aprecio,
se llama Fermín Zavala?

BLANCA. Papá, usted sueña despierto.
¿Cuando he dicho yo tal cosa?
(*Ap.*) Algo ofusca su cerebro.

D. RAMÓN. Aquí viene tu madrastra...
(*Viendo á Enriqueta que entra por la primera puerta izquierda.*)
(*Ap.*) ¡Pérfida! Disimulemos.

ESCENA III

Dichos y ENRIQUETA

ENRIQUETA. ¿Qué os parece mi tocado?

BLANCA. Muy elegante.

D. RAMON. ¡Soberbio!
Se ve que esta noche tratas
de agradar ¿eh?
ENRIQUETA. No lo niego.
Por el pronto á mi marido.
D. RAMÓN. ¿Y después?
ENRIQUETA. ¿Después? Observo
que lo dices con un tono
tan particular...
BLANCA. (*A Enriqueta*). Te advierto
que no está de buen humor.
(*Se dirige al fondo*).
ENRIQUETA. (*A D. Ramón en voz baja*).
¿Por ventura tienes celos?
D. RAMÓN. ¿Celos yo? ¡Qué disparate!
ENRIQUETA. Si es que te parece feo
este traje, iré á ponerme
otro... El que llevé al concierto
de anoche en casa de Bravo...
¿Sabes á cual me refiero?
Al rosa pálido...
D. RAMÓN. Justo.
¿Te figuras que soy lelo?
De sobra sé los vestidos
que tienes... Y desde lejos
conozco cualquiera prenda
tuya... ¿Lo entiendes?
ENRIQUETA. Me alegro.
D. RAMÓN. Por lo demás, que te vistas
de canario ó de jilguero
me es igual.
ENRIQUETA. Gracias. No hay duda
que estás esta noche atento.
BLANCA. (*Volviendo al proscenio.*)
Mamá, Leonor y su esposo
acaban de entrar...
ENRIQUETA. Iremos

á recibirlos.

BLANCA. También
han llegado los de Asensio
con sus primas y el Vizconde
y las sobrinas de Crespo...

ENRIQUETA. Vamos, pues. (*Ap.*) Y ese pianista
sin venir. (*Saliendo por el fondo*).

D. RAMÓN. (*A Blanca*). Hazme el obsequio
de decir al coronel
que en esta sala le espero;
que tengo que hablarle á solas...

BLANCA. ¡Bien, papá! (*Ap.*) ¿Qué será ello?
(*Váse por el fondo*).

ESCENA IV

D. RAMÓN y luego D. MARCIAL

D. RAMÓN. ¡Mujeres...! ¡Ah! ¿Quien había
de suponer á mi esposa
capaz de tanta falsía?
Nunca imaginé tal cosa.
A las prendas de su uso
hice alusión muy marcada,
y al oirla no se puso
ni amarilla ni encarnada.
¿Dónde hay un aplomo igual
al que tiene esa mujer?
Yo consultaré á Marcial
y él me dirá qué he de hacer.

D. MARCIAL. (*Entrando por el fondo*).
¡Salud, querido Ramón!

D. RAMÓN. Adiós, Marcial. (*Tendiéndole la mano*).

D. MARCIAL. Héme aquí,
siempre á tu disposición.

D. RAMÓN. Pues siéntate junto á mí.

D. MARCIAL. ¿Tienes que hablarme?

D. RAMÓN. Sí tal;
óyeme con interés,
que el asunto es muy formal.
D. MARCIAL. Atento estoy; habla, pues.
D. RAMÓN. Tengo un negocio muy grave.
D. MARCIAL. ¿Un duelo? Seré testigo.
D. RAMÓN. Duelo, no... es decir, ¡quién sabe!...
D. MARCIAL. Si hay duelo, cuenta conmigo.
D. RAMÓN. Es el caso...
D. MARCIAL. ¡Casualmente
los lances son mi placer!
D. RAMÓN. El caso es...
D. MARCIAL. ¿Caso corriente?
D. RAMÓN. ¡Que me engaña mi mujer!
D. MARCIAL. ¡Diablo! No esperaba yo...
¿Te lo ha dicho ella?... Es decir,
¿te lo ha confesado?
D. RAMÓN. Aún no.
D. MARCIAL. Entonces, en mi sentir,
para dudar de tu estrella
no hay razón. ¡Por Belcebú!
Creo más, creo que no es ella
quien te engaña, sino tú.
D. RAMÓN. ¡Yo! Te vas á convencer.
Al volver de tu reunión
anoche, echó mi mujer
su abrigo sobre un sillón.
Uno de tela oriental
que yo no le conocía...
D. MARCIAL. Mi mujer tiene uno igual,
se lo compré el otro día.
D. RAMÓN. Bueno. En ese sillón fué
(*señalando uno inmediato*)
donde lo echó sin reparo.
¿Y en cuál dirás que hoy lo hallé?
D. MARCIAL. ¿Qué se yo?
D. RAMÓN. En el mismo.

D. MARCIAL. ¡Es claro!
Si nadie tocó al abrigo,
fuera otra cosa un portento...
D. RAMÓN. Lo que yo ví claro, amigo,
fué, junto á ese mismo asiento,
en el suelo, una cartera;
y no era cosa dudosa
que de un bolsillo cayera
del abrigo de mi esposa.
D. MARCIAL. Pero eso...
D. RAMÓN. Escucha hasta el fin.
En una hoja encontré
escrito en lápiz: *Fermín*
Zavala.—Pez, uno.
D. MARCIAL. ¿Y qué?
¿En un apunte hay delito?
D. RAMÓN. Puede haberlo, ciertamente,
si se enlaza á un billetito...
D. MARCIAL. ¡Ah!
D. RAMÓN. Que dice lo siguiente:
«El martes, de nueve á diez.
De exactitud haré gala.»
Con la firma del tal Pez...
digo, no, del tal Zavala.
D. MARCIAL. ¡Una cita aquí! ¡Canario!
La cosa, en efecto, es grave.
D. RAMÓN. Ahí tienes, en ese armario,
las pruebas... Toma la llave.
(*Le da una llave y se acerca á la puerta del fondo, como temiendo que alguien llegue á sorprenderlos*).
D. MARCIAL. (*Dirigiéndose á abrir el entredós*).
(*Ap.*) Estas cosas, lo confieso,
me hacen mucha gracia... ¿A ver?
(*Abre el cuerpo inferior del mueble y saca de él un abrigo de señora*).
(*Alto.*) ¡Rayos y truenos!
D. RAMÓN. ¿Qué es eso?

D. MARCIAL. Nada. (*Ap.*) Es el de mi mujer;
le reconozco... Aquí están
sus iniciales... Sí, sí,
L... G..., Leonor Guzmán...
(*Alto.*) Y la cartera está aquí...
y aquí la carta traidora... (*Abriéndola*).
(*Lee*). «... de nueve á diez...» ¡Quién pensara!

D. RAMÓN. Con que ¿qué dices ahora?

D. MARCIAL. Digo... que la cosa es clara.
(*Guarda la carta en la cartera y ésta en el bolsillo del abrigo, encerrándolo todo de nuevo en el mueble, con cuya llave se queda*).
Mas yo impediré...

D. RAMÓN. ¿Tú? ¡Oh!
¡Qué amigo tan ejemplar!
(*Le estrecha la mano*).

D. MARCIAL. ¡Una mujer á quien yo
hubiera puesto un altar!

D. RAMÓN. Pues ¿y yo?

D. MARCIAL. Con la que he sido
siempre atento...

D. RAMÓN. Es cierto, y mucho.

D. MARCIAL. Y, en fin, á la que he querido
con toda el alma.

D. RAMÓN. ¡Qué escucho!
¿Tu has amado á mi mujer?

D. MARCIAL. No, hombre, no; de quién se trata...
(*Ap.*) Le dejaremos creer
que es Enriqueta la ingrata;
y así quedaré vengado
sin ponerme en evidencia.
(*Alto*). ¡Perdona... Me ha impresionado
de tal modo la ocurrencia!...
¡Pobre Ramón! Pero, en fin,
¿qué piensas? En mi opinión,
á ese bribón de Fermín
hay que darle una lección.

D. RAMÓN. Eso, sí.
D. MARCIAL. Pues yo me encargo.
D. RAMÓN. ¡Hombre, siendo yo el marido!...
D. MARCIAL. Nada, nada.
D. RAMÓN. Sin embargo...
D. MARCIAL. No; tu jamás te has batido,
mientras que yo...
D. RAMÓN. Ten presente...
D. MARCIAL. Toda resistencia es nula.
D. RAMÓN. Si te empeñas...
D. MARCIAL. Sí.
D. RAMÓN. Corriente.
D. MARCIAL. Alguien viene. Disimula.

ESCENA V

Dichos, D. INOCENTE, SOFÍA, ENRIQUETA y LEONOR

SOFÍA. Poco favor hace á ustedes,
si se precian de galantes,
el que tengan que venir
las damas á saludarles.
D. RAMÓN. ¡Ah! Señoras, yo les ruego
que se dignen dispensarme.
Conversando con mi amigo
el coronel, me distraje.
(*Sofía y Enriqueta se sientan cerca de la chimenea*).
LEONOR. (*Acercándose á D. Marcial*).
En la mesa del tresillo
se halla tu puesto vacante.
D. MARCIAL. No faltará quien le ocupe.
Esta noche, aunque te extrañe,
renuncio al juego tan sólo
por el placer de quedarme
junto á tí.
LEONOR. Extráño, en efecto,
que te muestres tan amable.

D. MARCIAL. (*Ap.*) No le gusta.
LEONOR. (*Ap.*) Esa atención
no es propia de su carácter.
D. MARCIAL. (*A D. Inocente en voz baja*).
Tengo que hablarte en reserva.
D. INOCENTE. Pues soy contigo al instante.
(*A Leonor en voz alta*).
Señora, ¿tendré la dicha
de que me conceda?...
LEONOR. ¿Un baile?
Voy á ver... (*Saca del bolsillo una carterita y la hojea*). Amigo mío,
por poco no llega tarde.
SOFÍA. (*A Enriqueta, después de fijarse en la carterita de Leonor*).
A propósito, Enriqueta,
¿te es aún indispensable
mi tarjetero?
ENRIQUETA. ¡Ah! No sé
donde está. Mas no te alarmes;
mañana le encontraremos.
No me acordé de sacarle
del abrigo que Leonor
me prestó anoche... Es probable
que Pilar haya guardado
las dos cosas sin fijarse...
SOFÍA. Que más da. No lo preciso.
De asunto más importante
tenemos que hablar.
ENRIQUETA. ¿De qué?
SOFÍA. De algo que á Blanquita atañe.
De cierto joven...
D RAMÓN. (*Que las observaba, se acerca al oir las últimas palabras, diciendo*:
¡De un joven!
SOFÍA. Amigo mío, á usted nadie
le da vela en este entierro.

D. RAMÓN. (*Ap.*) Esta es del complot; no cabe
duda.
(*Dan las diez en el reloj de la chimenea*).
ENRIQUETA. (*Ap.*) ¡Las diez! ¡Y el pianista
sin parecer! Es chocante.
(*Alto*). Con que se trata...
SOFÍA. De un joven
de excelentes cualidades
que ama á Blanca con locura.
Es un partido aceptable.
Creo que vendrá esta noche.
D. RAMÓN. (*Que ha estado dando vueltas por detrás de Enriqueta y Sofía, se detiene junto á ellas al escuchar la última frase*).
(*Ap.*) ¡Qué vendrá esta noche!
SOFÍA. ¡Dale!
¡No es usted poco curioso,
que digamos!
ENRIQUETA. Si te place
después hablaremos.
SOFÍA. Bien.
Mas ¿qué noto en tu semblante?
¿Te preocupa algo?
ENRIQUETA. El pianista
que tú me recomendaste
aún no ha venido.
SOFÍA. ¿Y es eso
lo que te aflije? ¡Qué diantre!
Yo tocaré mientras llega.
LEONOR. ¿Pero cuando empieza el baile?
ENRIQUETA. Ahora mismo, si tu quieres.
LEONOR. Pues vamos.
D. MARCIAL. (*Ap.*) Es indudable
que le ha visto entrar.
ENRIQUETA. (*A Sofía*). Me enoja
su tardanza. (*Vánse las señoras por el fondo*).
D. RAMÓN. (*Que ha oído á Enriqueta*). Está esperándole.

D. MARCIAL. (*Acercándose á D. Ramón, en voz baja*). Ya llegó.
D. RAMON. (*A media voz*). No, todavía
no ha venido.
D. MARCIAL. ¿Tú qué sabes?
D. RAMÓN. Tengo un dato...
D. MARCIAL. Yo también...
D. RAMÓN. ¿Sí? Pues voy á cerciorarme. (*Váse por el fondo*).

ESCENA VI

D. MARCIAL y D. INOCENTE.

D. INOCENTE. ¡Qué casualidad! Más pronto
no podía presentarse
la ocasión de hablar á solas.
¿De que se trata?
D. MARCIAL. De un lance.
de honor.
D. INOCENTE. ¡Cáspita! ¡Y lo dices
con esa calma tan grande!
D. MARCIAL. Para mí un duelo no es más
que un pasatiempo agradable.
Tú y Ramón seréis testigos.
D. INOCENTE. Hombre, yo .. sin saber antes
la causa...
D. MARCIAL. Que mi mujer
me hace traición.
D. INOCENTE. Eso es grave.
D. MARCIAL. Por Ramón lo he descubierto.
D. INOCENTE. ¿Con certeza?
D. MARCIAL. No hay escape.
He visto, amigo, una carta
en que la cita su amante...
un tal Crispín ó Fermín
no sé cuantos... ¡Miserable!
Te prometo que á mis manos
ha de morir.

D. INOCENTE. Vamos, cálmate.
Las apariencias engañan,
y tal vez ..
D. MARCIAL. ¡Que disparate!
Toma .. (*Dándole la llave del armario*).
dentro de ese mueble
hay una especie de jaique
de Leonor, y en sus bolsillos
encontrarás lo bastante...
(*Se asoma á la puerta del fondo, vigilando*).
D. INOCENTE. Veamos... ¡Ah! (*Sacando de un bolsillo del abrigo la carterita*).
D. MARCIAL. ¿Qué te ocurre?
D. INOCENTE. Nada, nada (*Ap.*) ¡Voto á sanes!
¡La cartera de Sofía!
Luego es ella la culpable...
(*Alto*). ¡Desgraciada!
D. MARCIAL. (*Volviendo al proscenio y apoderándose del abrigo que arroja con cólera al fondo del mueble cuya puerta cierra precipitadamente*).
Dices bien.
Pero él, primero que nadie,
debe sufrir el castigo ..
D. INOCENTE. Dispuesto estoy á vengarme.
D. MARCIAL. ¡Tú!
D. INOCENTE. Sí, yo que soy la víctima.
D. MARCIAL. ¡Bah! No consiento que agravies,
por disculpar á mi esposa,
á la tuya que es un angel.
D. INOCENTE. Angel caido.
D. MARCIAL. Comprendo
tu intención; mas no te canses...
D. INOCENTE. (*Ap.*) Bien, dejémosle en su error.
D. MARCIAL. Yo daré á ese botarate
lo que merece. Es igual
que elija pistola ó sable.

ESCENA VII

Dichos y D. RAMÓN.

D. RAMÓN. No ha venido todavía,
y acaso á la cita falte.
D. MARCIAL. No importa. Teniendo el nombre
y las señas, de mi parte,
mañana muy tempranito
podréis ir á visitarle.
D. RAMÓN. ¿Es decir que estás resuelto
á batirte?
D. MARCIAL. A todo trance.
D. RAMÓN. (*Ap.*) ¡Expone por mí su vida!
D. INOCENTE. (*Ap.*) ¡Por mi con otro se bate!
D. RAMÓN. (*Ap*) Tiene un corazón muy noble.
D. INOCENTE. (*Ap.*) No hay amigo que le iguale.
D. MARCIAL. Entretanto, no conviene
que del asunto se hable.
D. RAMÓN. ¡Mi mujer! (*Viendo á Enriqueta que llega por el fondo*).
D. MARCIAL. Pues punto en boca.

ESCENA VIII

Dichos y ENRIQUETA.

ENRIQUETA. Señores, aunque me tachen
de importuna, tengo el gusto
de venir á recordarles
que se les echa de menos...
D. MARCIAL. Mucho favor se nos hace,
y fuera descortesía
no apreciarlo. Con que al baile...
D. INOCENTE. Vamos allá. (*Salen D. Inocente y D. Marcial por el fondo*).

ENRIQUETA. ¿Tú te quedas?
D. RAMÓN. No, mujer. (*Ap.*) Quiere alejarme...
Pero no la perderé
de vista ni un sólo instante.
(*Sale por el fondo y se queda escuchando á la puerta*).

ESCENA IX

ENRIQUETA, D. RAMÓN (en la puerta del fondo), PILAR y luego FERMÍN.

ENRIQUETA. El tal pianista... A esta hora
quizás no venga. ¿Qué haré?
PILAR. Señora, señora. (*Entrando por la puerta del segundo término de la derecha*).
ENRIQUETA. ¿Qué?
¿Llegó por fin?
PILAR. Sí, señora.
D. RAMÓN. (*Ap.*) ¡Hola!
PILAR. Mas si usted supiera.
Viene el pobre en un estado
tan fatal.
ENRIQUETA. ¿Qué le ha pasado?
PILAR. Que ha rodado la escalera.
D. RAMÓN. (*Ap.*) Me alegro.
PILAR. Está en la antesala.
ENRIQUETA. ¿Por qué no entra?
PILAR. No se atreve.
ENRIQUETA. Dile que desde las nueve
le espero. (*Váse Pilar por donde entró*).
D. RAMÓN. (*Ap.*) ¡Ah! Traidor Zavala,
voy á conocerte al fin.
PILAR. (*Volviendo*). Sola está y con impaciencia
le aguarda..
FERMIN. (*Desde la puerta*). Da usted licencia?
ENRIQUETA. Adelante, D. Fermín.

(*Entra D. Fermín despeinado y con el traje descompuesto*).

D. RAMÓN. (*Ap.*) ¡Uy, que feo!

ENRIQUETA. Vete, Pilar. (*Váse*).

D. RAMÓN. (*Ap.*) No quiere tener testigo.

ENRIQUETA. Me ha extrañado mucho, amigo,
que usted se hiciera esperar.

FERMIN. No ha sido la culpa mia;
que por llegar puntualmente,
tuve la idea inocente
de meterme en el tranvía.
Digo inocente, señora,
pues si de pausas cansado
no le hubiera abandonado,
aún tardaría una hora.
Mas tuve tan mala suerte
al bajarme, que caí...
Por poco me quedo allí.
¡Gracias á que soy muy fuerte!

ENRIQUETA. ¿Se hizo usted daño?

FERMIN. El ridículo
fué en verdad la única herida.
No haré más uso en mi vida
de semejante vehículo.

D. RAMÓN. (*Ap.*) ¡Qué lástima!

FERMIN. Eché á correr
y aquí hace tiempo estuviera;
pero al subir la escalera
tropiezo y vuelvo á caer.

ENRIQUETA. ¡Otra vez!

FERMIN. Nunca un mortal
más escalones rodó.

ENRIQUETA. Lo siento en el alma.

FERMIN. Y yo
en el cuerpo.

ENRIQUETA. Es natural.
Pero en fin, no es decoroso

llevarle al salón así...
Antes entre usted aquí...
en el cuarto de mi esposo.

D. RAMÓN. (*Ap.*) ¡Me pasma su avilantez!

ENRIQUETA. En él hallará cepillos...
Yo le enviaré pastelillos.
y una copa de Jerez.
Eso le reanimará. (*Le hace entrar por la primera puerta de la derecha*).

FERMIN. ¡Gracias! (*Desde la puerta*).

ENRIQUETA. ¡Pobre! Me da pena.
(*Atraviesa la escena y váse por la segunda puerta de la izquierda*).

ESCENA X

D. RAMON, luego FERMÍN y después PILAR.

D. RAMÓN. ¡Miren la falaz sirena
que atenta con él está!
(*Abre la puerta de su cuarto*).
Salga usted...

FERMIN. (*Dentro*). Señora mía,
voy al momento.

D. RAMÓN. ¡Prudencia!

FERMIN. ¡Ah! (*Saliendo con un cepillo en la mano*).

D. RAMÓN. ¿Le extraña mi presencia?

FERMIN. En efecto, no creía ..

D. RAMÓN. (*Ap.*) ¡Qué cara tiene de bobo!
Su aspecto al de Coria iguala.
(*Alto*). ¿Es usted Fermín Zavala?

FERMIN. El mismo.

D. RAMÓN. Pues yo soy Lobo. (*Quitándole el cepillo.*)

FERMIN. ¡Diablo!

D. RAMÓN. El dueño de la casa.

FERMIN. Ya comprendo.

D. RAMÓN. Y creo ocioso
decirle que estoy furioso,
que la indignacion me abrasa...
FERMÍN. (*Ap.*) Sin duda es por mi retraso.
(*Alto*). Señor, mi falta confieso;
pero al hombre de más seso
puede ocurrirle un fracaso.
D. RAMÓN. ¡Que audacia!
FERMÍN. (*Ap.*) ¡Mal genio tiene! (*Entra Pilar, llevando una bandeja con pasteles y una copa de Jerez*).
D. RAMÓN. Mas ¿qué miro? Eso, Pilar,
te lo vuelves á llevar,
que al señor no le conviene
tomarlo.
FERMIN. Yo...
PILAR. La señora
dijo...
D. RAMÓN. ¡A replicar te atreves!
Yo mando que te lo lleves.
PILAR. Muy bien (*Ap.*) ¿Qué tendrá? (*Váse*).
D. RAMÓN. Y ahora,
porque en ira no me encienda
si escuchándole prosigo,
voy á enviarle un amigo
para que con él se entienda.
FERMIN. ¿Sobre qué asunto?
D. RAMÓN. Muy presto,
señor mío, de su boca,
oirá lo que hacer le toca.
FERMIN. Pero si yo estoy dispuesto
á reparar...
D. RAMÓN. Fuera en vano...
Vuélvase á mi habitación.
FERMIN. Es que ya las once son,
y el piano...
D. RAMÓN. ¿Qué importa el piano?
¡Oportuno es el instante!

FERMIN. La música es mi embeleso.
D. RAMÓN. Entre usted y ponga eso
donde estaba (*dándole el cepillo*).
FERMIN. (*Entrando*). (*Ap.*) ¡Esto es chocante!

ESCENA XI

D. RAMON y BLANCA.

D. RAMÓN. ¡Vaya un ente original!
BLANCA. (*Entrando apresurada por el fondo*).
¡Papá, papá!... Ya está ahí.
D. RAMÓN. Bien, ya lo sé, ya le ví.
Voy en busca de Marcial,
pora que trate con él.
BLANCA. Permíteme que te arguya;
eso, papá, es cosa tuya.
D. RAMÓN. Cierto; pero el coronel
es quien se encarga de todo.
BLANCA. Pues dile que le amo.
D. RAMÓN. ¿A quién?
BLANCA. A ese chico...
D. RAMÓN. (*Ap.*) ¡Ella también!
¡Qué horror! (*Alto*). No, de ningún modo,
no es posible...
BLANCA. Sí, papá.
No sé que encuentras de extraño
en ello... Hace más de un año
que nos conocemos ya,
y en las *soirees* de Nandín
nos vemos muy á menudo.
Es muy formal.
D. RAMÓN. No lo dudo.
BLANCA. Se llama Arturo...
D. RAMÓN. Fermín,
querrás decir.
BLANCA. ¡Que porfía!

Yo hablo del joven que, ufano,
viene á pedirte mi mano.

D. RAMÓN. Dile que vuelva otro día,

BLANCA. Papá, me dejas absorta.

D. RAMÓN. No puedo ocuparme de él.

BLANCA. Pero, papá...

D. RAMÓN. Al coronel
es á quien hablar me importa. (*Váse por el fondo*).

ESCENA XII

BLANCA y ARTURO

BLANCA. ¡Válgame Dios! ¿Qué tendrá?
Algo su cólera excita.

ARTURO. (*Entrando por el fondo*).
¿Qué hay de nuevo, señorita?
¿Habló usted á su papá?

BLANCA. Le hablé.

ARTURO. Y accede por fin,
á nuestro afán?

BLANCA. ¿Que sé yo?
El, solo me contestó
aludiendo á un tal Fermín...

ARTURO. ¡Cielos! Si fuese un rival...

BLANCA. ¡Qué horrible suposición!

ARTURO. Siento, Blanca, el corazón
presa de angustia mortal.

BLANCA. Nada tema usted, Arturo;
que formará empeño vano
todo el que aspire á mi mano,
no siendo usted; se lo juro. (*Váse.*)

ESCENA XIII

ARTURO; luego D. MARCIAL

ARTURO. ¿Por dónde andará el doctor?
En buscarle inutilmente
me afano... Y que me presente
un amigo es de rigor;
que aunque hoy el ser atrevido
no implica un pecado horrendo,
no es cosa de entrar diciendo:
«aquí estoy, porque he venido».
¿A ver si está en está sala?
(*Abre la primera puerta derecha y se asoma*).

D. MARCIAL. (*Entrando por el fondo*).
Según me ha dicho Ramón,
en su misma habitación
dejó preso al tal Zavala.
¡De su conducta alevosa
mi brazo el castigo apresta;
él verá lo que le cuesta
hacer la corte á mi esposa!

ARTURO. (*Volviendo*). No he visto más que á un señor
peinándose la melena.

D. MARCIAL. (*Ap.*) ¡Aquí está! La planta es buena.
(*Alto*). ¡Caballero...!

ARTURO. Servidor.
(*Ap.*) Será el padre.

D. MARCIAL. Su llegada
he sabido hace un momento
y me apresuro...

ARTURO. (*Ap.*) ¡Qué atento!
(*Alto*). Yo sentiré...

D. MARCIAL. Nada, nada...
No es propio de gente seria
perder el tiempo... Y así,
pues sé á lo que viene aquí,

entremos pronto en materia.

ARTURO. (*Ap.*) El me anima.

D. MARCIAL. Lo mejor
es obrar siempre con brío...
¿Con que es cierto, señor mío,
que le hace usted el amor?

ARTURO. Sí, señor; mas si pequé
de osado, al fijarme en ella,
fué porque mi buena estrella
hizo que ella diera pie...

D. MARCIAL. Bien, basta... Yo no pregunto
detalles. ¿Tiene usted ya
testigos?

ARTURO. ¡Testigos! ¡Ah!
No esperaba que el asunto
fuese con tal rapidez,
pero hoy mismo...

D. MARCIAL. Bien, allí
hay pistolas.

ARTURO. ¿Eh? ¿Y á mí
que falta me hacen?

D. MARCIAL. ¡Pardiez!
quien como dueño se alaba
de un corazón, no consiente
que otro desbancarle intente...

ARTURO. (*Ap.*) ¿Qué escucho? Yo que pensaba
que era el padre... Y por lo visto
es don Fermín, mi rival...
Su presencia ¡Voto á tal!
me subleva... (*Alto*). Pues insisto
en lo dicho, caballero.

D. MARCIAL. ¡Me pasma tanta osadía!

ARTURO. La quiero y ha de ser mía
aunque pese al mundo entero.

D. MARCIAL. Nos veremos.

ARTURO. Cuando quiera.
Designe usted sitio y hora...

D. MARCIAL. Mañana, al rayar la aurora...
ARTURO. Seré exacto.
D. MARCIAL. En la pradera
del Corregidor
ARTURO. No es mala
la elección.
D. MARCIAL. Pues demos fin.
ARTURO. (*Ap.*) ¡Ya verá el tal don Fermín...!
D. MARCIAL. (*Ap.*) ¡Yo arreglaré al tal Zavala...!
(*Váse D. Marcial por el fondo muy agitado*).

ESCENA XIV

ARTURO; luego BLANCA

ARTURO. Corriente, nos batiremos...
Y prestaré un buen servicio
al bello sexo, privándole
de un aspirante á marido
feo, adusto, y por lo menos
de cincuenta años y pico.
¡Ah! Blanca...
BLANCA. Hablar á mí padre
todavia no he podido.
ARTURO. Yo, en cambio, ya he tropezado
con un medio muy sencillo
para desembarazarme
de mi rival.
BLANCA. ¿Qué, le ha visto...?
ARTURO. Aquí estaba hace un momento,
Hemos hablado... y confío
en poder darle muy pronto
una lección...
BLANCA. No adivino...
ARTURO. Más tarde le explicaré
le que ocurre... Ahora es preciso
que halle al doctor. El, sin duda,
me servirá de testigo.

BLANCA. ¡De testigo! (*Alarmada*).
ARTURO. (*Disimulando*). En nuestra boda.
Nada tema usted... (*Váse por el fondo*).

ESCENA XV

BLANCA y después FERMÍN

BLANCA. ¿Dios mío!
Testigos... una lección...
el tono con que lo dijo...
De seguro va á batirse...
¿Qué haré yo para impedirlo?
FERMÍN. (*Saliendo tímidamente del cuarto de D. Ramón*).
Ya estoy en disposición
de llenar mi cometido.
(*Viendo á Blanca*).
¿Quién será esta linda joven?
BLANCA. (*Ap.*) ¡Calle! ¿Si será este tipo...?
FERMÍN. ¡Señorita! (*Saludando*).
BLANCA. Usted dispense...
¿Se encontraba en este sitio
hace algún rato?
FERMÍN. En efecto.
BLANCA. ¿Y su nombre de bautismo
es Fermín?
FERMÍN. Sí, señorita;
y Zavaia mi apellido.
BLANCA. Luego es usted quien se bate...
FERMÍN. ¡Yo batirme! ¡Qué delirio!
BLANCA. No lo niegue... lo sé todo.
FERMÍN. Juro á usted...
BLANCA. Sé á lo que vino
á esta casa.
FERMÍN. No lo oculto;
y le agradezco infinito
á la señora de Lobo

que me haya favorecido
con la preferencia...

BLANCA. Bien;
pues yo ahora le suplico
muy encarecidamente
que la renuncie usted mismo.

FERMÍN. Pero yo...

BLANCA. ¿Se niega usted?

FERMÍN. ¡Señorita...! (*Ap.*) Es un capricho
que me hace perder diez duros.

BLANCA. Si duda, le participo
que es porque tiene un rival...

FERMÍN. ¡Hola!

BLANCA. Un joven distinguido...

FERMÍN. (*Ap.*) Algún pianista extranjero.

BLANCA. Al que hace tiempo que estimo
y á quien yo prefiero en todo...

FERMÍN. ¿Cómo? ¡Sin haberme oído!

BLANCA. ¿Para qué? Renuncie usted.

FERMÍN. El caso es que no soy rico,
y renunciar á diez duros
cuando se tiene seis hijos...

BLANCA. ¿Pero qué está usted diciendo,
caballero? No me explico
entonces... ¿Quién es usted?

FERMÍN. El pianista.

BLANCA. ¡Qué embolismo!
(*Ap.*) ¿Pues de donde sacó Arturo
lo que hace poco me ha dicho?

ESCENA XVI

Dichos, LEONOR y SOFIA y á poco D. INOCENTE.

SOFÍA. No puedo más...

LEONOR. Por fortuna,
según parece, ya vino

el pianista...

BLANCA. (*Designando á Fermín.*) El señor es.

SOFÍA. ¿Usted? Me alegro infinito.
Francamente, le esperaba
con ansiedad. (*Entra D. Inocente.*)

D. INOCENTE. (*Ap.*) ¡Que cinismo!

FERMÍN. Yo siento, señora...

SOFÍA. Bueno,
venga al salón é indemnícenos
de su tardanza...

FERMÍN. Al instante.

D. INOCENTE. (*Deteniendo á Fermín.*)
Poco á poco. Necesito
hablar á este caballero.

SOFÍA. Tiempo tienes.

D. INOCENTE. No; ahora mismo
debe ser. Suplico á ustedes...

LEONOR. Corriente; más le advertimos
que el señor nos hace falta
en el baile.

BLANCA. (*Ap.*) ¿Qué motivo
habrá para que esta noche
estén todos tan sombríos?
(*Vánse las señoras por el fondo.*)

ESCENA XVII

FERMÍN y D. INOCENTE

D. INOCENTE. (*Ap.*) Bien mirado, yo no debo
consentir que un buen amigo
como el coronel arrostre
por mí el más leve peligro...
Y pues suele ser la ausencia
el más eficaz antídoto,
si puedo hacer que este joven
se ausente, de un solo tiro...

FERMÍN. Caballero, el tiempo pasa
y urge...
D. INOCENTE. Bien; usted ya ha visto
al coronel...
FERMÍN. ¡Yo!
D. INOCENTE. Hace un rato
con él habló en este sitio
FERMÍN. ¡Ah! *(Ap.)* Ignoraba que el tal Lobo
lo fuese.
D. INOCENTE. Está decidido
á batirse.
FERMÍN. Sea en buen hora.
D. INOCENTE. Pero estorbarlo es preciso.
Con que dispóngase usted...
FERMÍN. ¿A qué?
D. INOCENTE. A tomar el olivo
FERMÍN. ¡A marcharme!
D. INOCENTE. Justamente.
FERMÍN. ¡Sin cumplir mi compromiso!
D. INOCENTE. No conviene perder tiempo.
Y mañana, en el tren mixto,
que es el primero que sale,
emprende usted el camino
de Sevilla ó Barcelona...
FERMÍN. ¡Imposible! ¿Y mis discípulos?
D. INOCENTE. Eso á mí nada me importa.
FERMÍN. Tampoco á mí el desafío.
D. INOCENTE. El coronel es muy diestro
FERMÍN. Mejor para él.
D. INOCENTE. No insisto.
Bien sabe Dios que mi intento...
Mas usted será testigo...
FERMÍN. Eso...
D. INOCENTE. Don Ramón se acerca;
él nos dirá...

ESCENA XVIII

Dichos y D. RAMÓN

D. RAMÓN. (*Entrando por el fondo.*) ¡Hola, querido!
D. INOCENTE. ¿Qué hay, amigo Lobo?
FERMÍN. (*Ap.*) Al verlo
nadie dirá que este tipo
es coronel.
D. RAMÓN. (*En voz baja á D. Inocente.*) Marcial quiere
que entre los dos, con sigilo,
fijemos las condiciones
del duelo; y á eso he venido.
D. INOCENTE. Corriente. He aquí al señor
Zavala.
D. RAMÓN. Muy señor mío...
Ya le ví hace poco. Ahora
dí tú qué opinas.
D. INOCENTE. Yo opino...
Y usted... (*A Fermín*).
FERMIN. A mí me es igual
todo.
D. INOCENTE. Como el ofendido
es el coronel, ha optado
por la pistola.
FERMIN. ¡Magnífico!
D. RAMÓN. A diez pasos.
FERMIN. A diez pasos.
D. INOCENTE. En el final del Retiro.
FERMIN. Bien.
D. RAMÓN. Y á las seis.
FERMIN. A las seis.
D. INOCENTE. Pues quedamos convenidos.
FERMIN. (*Ap.*) ¡Ser yo testigo de un duelo!
Si fuera en boda ó bautizo...
D. INOCENTE. No le detenemos más.
D. RAMÓN. Vaya usted á tomar bríos

en el buffet.

FERMIN. Muchas gracias
coronel. Con su permiso... (*Váse por el fondo*).

D. RAMÓN. ¡Me ha llamado coronel!

D. INOCENTE. Está turbado...

D. RAMÓN. Pues hijo,
á mí me ha espantado verle
tan sereno ante el peligro...
Debe ser gran tirador.

D. INOCENTE. Podemos estar tranquílos;
por buen tirador que sea
no aventaja á nuestro amigo,

ESCENA XIX

D. INOCENTE, D. RAMÓN, D. MARCIAL, que entra por el fondo, y luego ENRIQUETA.

D. MARCIAL. ¿Qué hay, señores?

D. RAMÓN. Tu adversario
salió hace poco de aquí.

D. INOCENTE. Se bate.

D. MARCIAL. ¿De veras?

D. RAMÓN. Sí.
Es de un temple extraordinario.

D. MARCIAL. ¿Y qué...?

D. INOCENTE. A pistola.

D. MARCIAL. Corriente.

D. RAMÓN. A diez pasos.

D. INOCENTE. Poco es eso.

D. MARCIAL. No es mucho; pero os confieso
que á mí me es indiferente.

D. RAMÓN. (*A D. Inocente con voz baja.*)
Ya ves, dice á todo amén;
es hombre de corazón.

D. MARCIAL. Y á tí, querido Ramón,
¿qué te parece?

D. RAMÓN. Muy bien.

D. MARCIAL. Con esa conformidad
basta... ¡Voto á Belcebú!
Pues quien se bate eres tú.
D. RAMÓN. ¿Eh, qué dices?
D. MARCIAL. La verdad.
Porque si yo lo iba á hacer
por tí, á pistola ó á sable,
era creyendo culpable,
sin razón, á mí mujer.
Mas no es ella la que ofende
el honor de su marido...
D. RAMÓN. ¿Pues quien la traidora ha sido?
D. MARCIAL. La tuya.
D. RAMÓN. ¿Como se entiende?
D. MARCIAL. Es muy sencillo, en rigor...
Fué antes causa de mi enfado
el haber aquí encontrado
esta prenda de Leonor.
(*Vá por ella y la coloca sobre una silla.*)
Pero á pregunta insidiosa
que ahora le acabo de hacer,
me ha contestado que ayer...
D. RAMÓN. ¿Que...?
D. MARCIAL. Se la prestó á tu esposa.
Luego ésta es la delincuente.
D. RAMÓN. Sin embargo...
D. MARCIAL. Nada, nada...
La cosa está demostrada.
¿No es cierto, amigo Inocente?
D. INOCENTE. Sí, sí. (*Ap.*) Su equivocación
me conviene respetar;
de este modo, en su lugar
podrá vengarme Ramón.
D. MARCIAL. Poco el lance me agradaba,
Sí he de decir la verdad;
que, al fin y al cabo, á mí edad...
D. RAMÓN. ¡Pues hombre, y yo que contaba

contigo...!

D. MARCIAL. Para testigo,
puedes contar desde luego.

D. INOCENTE. Yo en esas cosas soy lego,
mas cuenta también conmigo.

D. RAMÓN. Pero...

D. MARCIAL. No te olvidarás
de que es á pistola el duelo.

D. RAMÓN. (*Ap.*) ¡Ya me siento arder el pel›!

D. MARCIAL. Y á diez pasos nada más.

D. RAMÓN. Para un militar sin tacha
como tú, eso es bastante;
mas para un exfabricante
de azúcar de remolacha,
que en ninguno de estos casos
se vió nunca, ser debiera
á una distancia siquiera
de ochenta ó noventa pasos.

D. MARCIAL. Ahí viene Enriqueta... Cuida
de evitar necios rumores.

D. RAMÓN. Por mí...

ENRIQUETA. (*Entrando por el fondo.*)
La cena, señores,
se va á servir enseguida.
Mas ¿qué veo? (*Apercibiendo el abrigo sobre la silla en que lo colocó el coronel.*)
Será cosa
de achacarlo á brujería...
Aquí estaba, y todo el día
lo anduve buscando ansiosa
para enviárselo á Leonor
que me lo prestó ayer noche.

D. MARCIAL. ¿Eh? (*Ap. á D. Ramón*).

ENRIQUETA. Y ahora mismo á su coche
lo haré llevar, por temor
de que lo esconda otra vez
algún traviesillo duende...

D. INOCENTE. ¡Pobre Ramón! (*Ap. á D. Marcial*).
D. MARCIAL. (*Ap. á D. Inocente*). Se comprende
que esté afectado, pardiez!
ENRIQUETA. (*Volviendo al proscenio*).
Mas qué cabeza la mía...
Ya olvidaba la cartera
que aquí guardé... (*Registrando el abrigo*).
D. INOCENTE. (*Ap.*) ¡Quien pudiera
escurrirse!
ENRIQUETA. Es de Sofía...
D. RAMÓN. (*Ap.*) ¡Que escucho!
ENRIQUETA. Al fin la encontré.
(*Presentándola á D. Inocente.*)
Usted se la entregará. (*Da la cartera á D. Inocente y váse*).
D. MARCIAL. ¿Es de tu mujer?... (*A D. Inocente*).
D. INOCENTE. (*Confuso*). Sí.
D. RAMÓN. (*Respirando con satisfacción*). ¡Ah!
D. MARCIAL. Entonces, ya sabes...
D. INOCENTE. ¿Qué?
D. RAMÓN. Que eres tu al fin quien se bate,
pues no es Marcial ni soy yo...
D. INOCENTE. ¡Qué hacer...!
D. MARCIAL. A diez pasos.
D. INOCENTE. No;
eso fuera un disparate.
Yo, un notario, hombre civil,
lo haré, en caso indispensable,
á diez pasos siendo á sable
mas si es á pistola, á mil.
D. MARCIAL. Ya vuelven...

ESCENA XX

Dichos y ENRIQUETA seguida de SOFÍA, LEONOR y BLANCA FERMÍN y ARTURO entran después, quedándose en segundo término.

ENRIQUETA. (*Entrando por el fondo.*)
Señores míos.
Solo á ustedes esperamos
para cenar.
D. MARCIAL. ¿Sí? Puesvamos;
que hace falta tomar bríos,
por lo que ocurrir pudiera...
D. INOCENTE. Permitidme unos instantes:
Es preciso que yo antes
dé á mi esposa su cartera.
SOFÍA. ¡Hola! ¿Pareció por fin?
D. INOCENTE. Y ella, si no se molesta,
nos dirá que carta es esta.
(*Enseñando la que saca de la cartera*).
D. MARCIAL. Se armó la de San Quintín.
(*A D. Ramón en voz baja*).
ENRIQUETA. Pero... (*Fijándose en la carta*).
D. INOCENTE. Ella no más me arguya.
ENRIQUETA. ¿Y qué ha de explicar Sofía?...
SOFÍA. Yo... nada.
ENRIQUETA. Esa carta es mía.
D. RAMÓN. ¡Tuya...!
D. MARCIAL. ¡De usted...!
D. INOCENTE. (*A D. Marcial*). Siendo suya,
Ramón es el ofendido.
D. MARCIAL. Sin duda.
D. INOCENTE. (*A D. Ramón*). Entonces, te endoso
el duelo.
BLANCA.
LEONOR.
SOFÍA. ¡Un duelo...!

ENRIQUETA. (*A D. Ramón, riéndose*). Es chistoso...
Pero, hombre, no has comprendido
que es del pianista á quien yo
para hoy aviso mandé...

FERMIN. Servidor... (*Presentándose en primer término*).

D. MARCIAL. ¡Ah! ¿Era usted...?

D. INOCENTE. No ha sido mal *quid pro quo*.

D. RAMÓN. Quiere decir que no hay ya
desafío.

ARTURO. (*Adelantándose hasta D. Ramón y señalando á Fermín*). Si el señor
renuncia hoy mismo al honor
de ser su yerno...

D. RAMÓN. }
FERMIN. } ¿Eh?

BLANCA. ¡Já, já..,!
Si el señor está casado...

FERMIN. Y tengo seis pequeñuelos.

ENRIQUETA. Basta, pues, de hablar de duelos,
y á la mesa...

D. MARCIAL. }
D. INOGENTE. } Bien pensado.

ENRIQUETA. Tus amigos, según ves,
muestran tener apetito...

D. RAMÓN. Pero este caballerito (*por Arturo*)
¿de donde sale, y quién es...?

ENRIQUETA. Es un amigo de Auñón...

D. RAMÓN. ¿Del doctor? Sea enhorabuena.

ENRIQUETA. A los postres de la cena
te haré su presentación.
Ahora seamos previsores,
y atentamente impidamos
que si no les invitamos,
se ofendan esos señores...

D. RAMÓN. Lo encuentro tan oportuno,
que aunque peque de atrevido,
á eso... vaya, me decido,

no Á DIEZ PASOS, sino á uno.
Pero házlo tú en mi lugar,
y quedarán más contentos...

ENRIQUETA. Bueno; pues... sin cumplimientos,
¿quieren ustedes cenar? (*Al público.*)

FIN